

30 AÑOS DESPUÉS, CON TODOS MIS RESPETOS



DICEN que Dios nos quiere con vida, pero sus caprichos son inescrutables. En julio del año 1994 se llevó a Joan N. García-Nieto y en febrero de 1995, pocos meses después, a Diamantino García. Hace ya treinta años que no nos acompañan presencialmente. Estoy convencido de que juntos, en el cielo, organizaron, al llegar, movilizaciones en defensa de quienes sufrían injusticias, pobreza y marginación, y que fundarían el «sindicato de obreros del cielo» del que Dios, con toda seguridad, habrá sido su presidente de honor y uno de sus más activos miembros durante estas tres décadas en las que los ha tenido a su lado. Y es que, si no los quería entonces para combatir el «aburguesamiento» de allá arriba, nos los podía haber dejado aquí, que tanta falta nos han hecho durante estos treinta años.

Joan N. García-Nieto, jesuita catalán, político y sindicalista, discípulo del padre Llanos, luchó toda su vida por la dignidad de sus hermanos y hermanas de Cornellá, localidad obrera del cinturón industrial de Barcelona. Derribó con sus propias manos las chabolas de la década de los 60 y ayudó a levantar (política, social, económica y espiritualmente) a todo el pueblo. Militante de la utopía, entregó su vida en una continua eucaristía diaria con quienes más sufren. Dios se lo llevó cuando era más necesario en un mundo en el que aumentaba la injusticia y la pobreza para la mayoría de sus hijos e hijas. La comunidad de base de Cornellá, de la que fue animador durante tantos años, le recordó así al poco de fallecer: «Te soñamos paseando por las altas praderas en medio de una paz serena, con tu



sonrisa acariciada por el viento, sin las prisas de la tierra y mirando hacia el universo entero. Si alguna injusticia captas al caminar por esos senderos sabemos que, con suavidad, con tacto, harás que vuelva la armonía para deshacer el problema. Sabemos que no te vas a quedar quieto... No serías tú mismo y no creemos que te cambien los aires nuevos». Palabras que treinta años después siguen resonando en un mundo tan necesitado de luz.

Diamantino García había nacido en Salamanca pero creció y vivió en Andalucía. Sacerdote diocesano, fundó el Sindicato de Obreros del Campo y la Asociación Pro Derechos Humanos de Andalucía. Se entregó por completo a quienes más sufren en aquella tierra. Trabajó de jornalero, compartió y vivió con ellos sus penas y alegrías, y descubrió allí quiénes eran los elegidos del Padre. Se volcó con las mujeres y hombres de Los Corrales, pequeño pueblo de la sierra de sur de Sevilla del que era párroco. Preguntado en una ocasión de si era de extrema izquierda, lúcidamente respondió: «Yo soy de

la extrema necesidad». Después de su fallecimiento su amigo Elías Alcalde, entonces párroco de Iznalloz, escribió: «Diamantino, cristiano y sacerdote de Cristo no solo en el templo, sino también en la plaza de los braceros del pueblo, haciendo los domingos asamblea eucarística y los lunes asamblea permanente con los jornaleros en busca del plan nuestro que había de ser reconquistado cada día». Palabras que hoy, tres décadas después, nos siguen ayudando a hacernos la pregunta sobre el sentido profundo del pan y el vino compartido y repartido, en nuestras vidas particulares y especialmente dentro y fuera de nuestra Iglesia.

Si el Padre, en aquel momento, les necesitó a su lado era porque las cosas tampoco andaban bien en el cielo. Aquí, hace treinta años, nos quedamos huérfanos, pero con la alegría de haberles conocido y de saberles a nuestro lado. Para siempre.

EDUARDO ESCOBÉS ■